peado contra una copa de coñac cuyo tamaño recordaba aquellas usadas para coleccionar cerillos sobre la barra de antruchas, lugares que hace mucho había dejado de frecuentar. Dejó el salón, cuando subía las escaleras sobre sus párpados sintió la agresión de la luz filtrada por el enorme vitral que había diseñado la señora con imágenes bíblicas, sólo del Nuevo Testamento, el *mood* familiar a los suburbios regiomontanos de gente bien. Al pisar el último peldaño se preguntó:

¿Ezequiel, quién te fastidia más?... ¿la familia de sangre o la familia de la industria, o sea, mis siervos? Da lo mismo, hijos de puta, ambos.

Sintió que faltaba mucho tiempo para su cita. Los jardines de la residencia eran cepillados por Everardo, el jardinero, coahuilense de pocas palabras y aceptable disciplina para una generación marcada por el narcomenudeo, el nihilismo y los reality shows. Imaginó que barría con una escoba de brea un castillo abandonado. Así percibió el instante.

Repentinamente estaba, de camisa blanca y corbata con palitos de golf, frente a los espejos del tocador que eran dos flamingos Chipendale. Notó algún polvo en los perfumes. Eran de ella, comenzó a tocar las botellas Guerlain, inconfundibles. Allí estaba formada la familia de perfumes que según ella había rastreado desde 1828: Eau de Cologne Imperiale, Bouquet de Faunes, Mitsouko, Shalimar, Coque D`Or, Fleur de Feu, Chant D`Aromes, Chamade, Papure, Jardins de Bagatelle, Nahema, Samsara, Heritage, Petit Guerlain, Champ-Elysees, L`Instant de Guerlain, Insolence. Humedeció el lóbulo izquierdo con la esencia olorosa a clavo tostado. Era el preferido de su mujer, Mitsouko. Lo hacía frente a todas las motivaciones del maquillaje y el cielo de la sugestión: un espejo.

Los ojos eran almendrados; deslizada la sombra por los párpados, esos ojos ahora falseaban vidrios y aceitunas. Pena de la transfiguración, pero él también tenía derecho. Se avergonzó del leve temblor en su mano cuando untaba en las pestañas esa grasa oliente y negra, un vino espeso para los ojos. El bilé y el brillo. Sus labios rojos como tunas de sangre. Entonces don Ezequiel Amézquita descubrió por medio de la luna del tocador algo enajenante y feroz: era hermoso.

En la alcoba, antes de acostarse, una noche su esposa dijo: "podré tener muchas cremas Orlane, inspiradas en Oriane, duquesa de Guermantes según me chismeó un profesor, pero la Pond's es la única que de verdad sirve para quitar el maquillaje". El comentario que en ese momento le pareció de una frivolidad brutal ahora resultaba muy valioso. Veía el frasco de la crema S sobre el tocador y disminuía su inseguridad, el desmaquillante era su lámpara mágica hacia a la normalidad, que apenas comenzaba a extrañar.

Su cara era de un efebo entrecano. Igual que si fuera una medalla, se colocó el collar Tiffany de traviesos delfines que él mismo le obsequió. Luego encontró el barniz de uñas, las iba pintando con habilidad y susurrando una canción de Rod Stewart que creía olvidada. De nuevo, a través de la luna, vio el enorme colchón matrimonial que en ese tiempo muerto reconoció como un gran bombón frígido. Los espejos del vestidor, lo multiplicaban y acrecentaban su inédita hermosura. El reflejo de cuerpo entero lo angustió: el traje Paul Stuart de lana seda y la corbata estampada con palitos de golf. Pero la cara, nunca